

La influencia de Osler y su libro de texto

Francisco Kerdel Vegas

Hay libros que trascienden el sentido y el destino que les ha dado, por su propio contenido, el autor de la obra, y de ello se trata en este comentario. Una de las raras excepciones a la transitoriedad de los libros de texto en medicina es el famoso libro de William Osler (nació en 1849 y falleció en 1919) titulado, *Los Principios y Práctica de la Medicina*, con el subtítulo de “Diseñado para el Uso de Quienes la Ejercen y de los Estudiantes de Medicina”, publicado en su primera edición hace cien años. Un siglo más tarde, con todo lo que ha pasado en el campo de las ciencias médicas, para que este libro pudiese ser de alguna utilidad a médicos o estudiantes, tendría que ser vuelto a escribir de la primera a la última página. Dada la velocidad en el crecimiento de los conocimientos científicos en general, y médicos en particular, es lógico que así suceda, y quien se da a la tarea de escribir un libro sobre medicina, debe saber de antemano lo fugaz de su esfuerzo. Es improbable que Osler, con todo su talento y perspicacia, no se apercibiera de este hecho, y más de una vez no se hubiese planteado la ausencia de correlación entre la magnitud del esfuerzo necesario para concebir y realizar una obra como ésta, y su necesaria limitada influencia, que al cabo de pocos años, no tendría vigencia alguna, sino para un pequeño grupo de historiadores de la medicina.

Sin embargo, históricamente y por la vía de excepción, este libro ha tenido consecuencias, impredecibles en el momento de su aparición, en el desarrollo y estado actual de las ciencias médicas no sólo en los Estados Unidos y en Europa, sino a nivel universal, porque dados el prestigio del autor, su honestidad científica y la calidad literaria de la obra -como veremos en seguida- abrió los ojos de personas en sitios de influencia, que se apercibieron del atraso de la medicina, en todo lo que a tratamiento se refería, y debido a su clara visión del futuro aunada a la posición que ocupaban, inclinaron la balanza de manera radical y definitiva en la dirección apropiada para proporcionar a la medicina ins-titucionalizada los medios necesarios, para poder demostrar en poco tiempo su verdadero potencial y lo que podía lograrse al hacer énfasis en las prioridades que nuestra

moderna sociedad exige, de tal manera que en pocos decenios la medicina nor-teamericana primero, y luego a nivel mundial, dispusiera no sólo de recursos económicos, sino de un plantel de hombres y mujeres dedicados, tra-bajando tiempo completo en universidades y hospitales de prestigio, lo que sin duda ha sido uno de los factores más importantes en la transformación de los conocimientos médicos, de los servicios asistenciales que se prestan a la sociedad con-temporánea y del prestigio y solidez científica que goza actualmente nuestra profesión.

Los Principios y Práctica de la Medicina, es un libro que se convirtió en un gran éxito editorial desde el mismo día de su aparición. Osler recibió su copia personal el 24 de febrero de 1892, y lo regaló a quien habría de convertirse en su esposa pocos meses más tarde, la Sra. Grace Revere Gross (viuda de un colega). Un total inimaginable de 23.500 copias de la primera edición fueron vendidas antes de la aparición de una segunda edición en 1895. Y esta inesperada situación dió a su autor la necesaria independencia económica, tan difícil de obtener por la mayor parte de los médicos. La precisión, claridad y amenidad del libro, unidos a fundamentos sólidos especialmente en anatomía patológica, convirtieron al libro en el texto obligatorio de los estudiantes de medicina y libro de consulta diaria de los profesionales en ejercicio. Falconer Madan, el Bibliotecario de la famosa y multimillonaria biblioteca de la Universidad de Oxford, la “Boleian Library” afirmó, con toda propiedad, que Osler “había tenido éxito en hacer literatura con un tratado científico”, algo que antes o después ha ocurrido tan sólo excepcionalmente. La crítica que se le hizo en ese entonces es que era muy flojo en todo lo relativo a la terapéutica; se calificó a Osler de “nihilista terapéutico”. Incluso llegó a calificarse esta característica, a título chistoso, como “paranoia anti-terapéutica baltimoreense”. En este sentido hay que darle la razón a Osler, pues aunque dió su lugar apropiado a la efectividad terapéutica de medicinas tales como el hierro para la anemia, la quinina para el paludismo, la nitroglicerina y el nitrito de amilo para la angina de pecho y la morfina (llamada por él “G.O.M.”-

'God's own medicine', la medicina de Dios-) para el dolor, se negó rotundamente a dar espacio en su libro a muchas de las prescripciones de polifarmacia u homeopáticas en boga en esa época. Esa honestidad y buen juicio sería, como veremos enseguida, la causa de que este libro haya ejercido la influencia que efectivamente tuvo en la evolución de la medicina científica de allí en lo adelante.

Una edición sucedió a otra. Para 1905 se habían imprimido ya 105.000 copias y las regalías percibidas por el autor llegaban a los 54.512 dólares americanos (equivalentes a más de un millón de dólares en términos equivalentes de 1992). En última instancia se sabe que se llegaron a vender 500.000 copias del libro, en 19 ediciones sucesivas hasta el año de 1947 (55 años después de la primera edición), muchos años después de la muerte del autor. El libro fue traducido al francés, alemán, chino, español y portugués).

Por una de esas casualidades del destino, el mismo día (viernes 27 de marzo de 1992) en que, habiendo sido invitado a Oxford, después de almorzar en el Green College, y sin yo haberlo pedido o planificado antes, me llevaron de sorpresa a visitar a mi admirado amigo Lord Walton (antiguo "Warden" del Green College y previamente profesor de Neurología en la Universidad de Newcastle-upon-Tyne, y Miembro Correspondiente Extranjero de nuestra Academia Nacional de Medicina), quien me esperaba en su residencia, con su característica bonhomía y calor humano. Este renombrado neurólogo había pedido me llevaran a su casa de habitación en Oxford para enseñármela, ya que era la misma casa que habitó durante los años del ocaso de su vida el "Regius Professor of Medicine" de la Universidad de Oxford, Sir William Osler. Emocionante y conmovedora fue esa visita a la casa de Osler, conducido por un hombre como John Walton, quien se identifica así mismo como nieto espiritual de Osler, a través de su admiración por ese gran médico y por su biógrafo, el también famoso Dr. Harvey Cushing, quien según Walton han sido sus dos grandes héroes e inspiradores. Tal legado espiritual forma parte de la más rancia y constructiva de las tradiciones médicas, que pasan de una generación a otra no sólo los conocimientos, sino la influencia personal y carismática de quienes han tenido el liderazgo de nuestra profesión, un hecho constante en todas las culturas y países, que le da fuerza y consistencia a nuestra ciencia y arte. Fue una ocasión memorable, poder conocer la casa de Osler (ahora subdividida en apartamentos y oficinas), que conserva en su condición

original, bajo el cuidado y la supervisión de Lord Walton, quien trabaja a diario allí, el estudio y biblioteca de este grande hombre, cuya memoria es venerada en todas las partes del mundo. Por mera coincidencia, como decía antes, ese mismo día llegó a mis manos la copia correspondiente al Iero. de febrero de 1992 de los "Annals of Internal Medicine" con el artículo de Richard L. Golden: "El legado de Osler: El Centenario de los Principios y Práctica de la Medicina", orientador y clarificador de lo que significó ese gran libro, y que ha sido la fuente de consulta principal en la redacción de este escrito.

El éxito y la influencia de este libro se debe a diversos factores que trataremos de analizar sin ningún orden de prioridades. En primer lugar, venía de la pluma de uno de los grandes médicos de su época, con una fama y prestigio científicos que trascendió varias naciones (Osler pasó de ser Profesor de Medicina Interna en la Universidad de McGill en Montreal, Canadá, a la Universidad de Pensilvania en Filadelfia y luego a la Universidad de Johns Hopkins en Baltimore en los Estados Unidos) y continentes (de América pasó a Europa como profesor Real de Medicina de la Universidad de Oxford). El talento y la erudición de Osler se vertieron por completo en este libro, con evidente expresión de una extraordinaria creatividad literaria, lo que hizo que este texto de medicina, escrito por un solo autor, fuese no un libro árido y engolado, sino una pieza de excelente literatura, eminentemente leíble. De otra manera jamás hubiese alcanzado la popularidad que tuvo, o su traducción a tantos idiomas, lo mismo que una influencia persistente, raras veces alcanzada antes ni después por un libro semejante. Pero a pesar de todo ello, y toda la utilidad que tuvo en su tiempo, el avance de la medicina, su gradual pero inexorable cambio por la introducción cada día más apreciable del componente científico, haría de este libro (como de todo otro libro científico) una curiosidad histórica. Su influencia pues se deriva de otras razones, y la principal es la de haber convencido a sus contemporáneos de la necesidad de poner recursos y esfuerzos al servicio de la medicina, tal vez por la sinceridad y escepticismo de Osler en todo lo referente a la terapéutica médica de su época, lo que determinó de manera indirecta, que da crédito y produce indudable admiración, a la creación del Instituto Rockefeller y la Fundación del mismo nombre, que a su vez han jugado un papel tan importante en la evolución de la moderna medicina científica.

Lo ocurrido en este caso pone en evidencia la gran influencia de la palabra escrita, cuando es capaz de ser expresada en forma inteligible y elegante, y lleva un mensaje convincente y sincero. Indudablemente Osler tenía la autoridad, pero si no hubiese sido una pieza de singular valor literario y el mensaje implícito no hubiese sido expuesto en forma clara y precisa, no hubiese tenido la influencia que tuvo sobre el Reverendo Frederick T. Gates, ministro de la confesión “baptista”, quien trabajaba en las actividades filantrópicas del multimillonario John T. Rockefeller, y quien en julio de 1897, después de leer -de cubierta a cubierta- el tratado de Osler, escribió lo siguiente: “Leí todo el libro sin saltar ninguna parte del mismo. Y hablo de esto no para conmemorar mi industria o inteligencia sino para dar testimonio del encanto de Osler, puesto que es uno de los pocos libros científicos que poseen una gran calidad literaria... Vi claramente del trabajo de este hombre esclarecido, capaz y honesto, quizá el más notable profesional en su campo en todo el mundo, que la medicina tenía -con las pocas excepciones... anotadas- ninguna cura, y que lo que la medicina, hasta 1897, podía hacer, era sugerir alguna medida de alivio... Más allá de ello, la medicina curativa no había progresado... Se me hizo claro que la medicina difícilmente podía aspirar a ser una ciencia hasta que fuera bien dotada, y que hombres calificados pudieran darse por completo a su estudio ininterrumpido y a la investigación, con salarios generosos, de manera independiente del ejercicio privado de la medicina...”

Con la característica eficiencia y determinación norteamericana, la fascinación del Reverendo Gates por la sinceridad y el estilo literario de Osler, determinaron una ‘cadena de eventos’ (en las palabras de Golden) que condujeron a la creación del Instituto Rockefeller en 1901 y de la Fundación Rockefeller en 1913. Pero, para determinar los cambios necesarios, era necesario ‘apuntalar’ con los medios necesarios a las instituciones más renombradas y con mayor ‘potencial’ para lograr los cambios necesarios. Poco tiempo después se produjeron, para así lograrlo, las sustanciales donaciones de fondos del mismo origen a la Facultad de Medicina de Harvard en Boston, y al Johns Hopkins Hospital de Baltimore, que determinaron cambios notables en la enseñanza y práctica de la medicina, cuyas consecuencias son hoy en día bien conocidas y sus consecuencias universales.

Al establecer un ‘patrón’ de excelencia a nivel nacional se produjo una verdadera ‘reacción en

cadena’ que determinó cambios sustanciales en los hospitales y facultades de medicina más importantes de los Estados Unidos y luego de Europa y del resto del mundo. Con la publicación de este libro, cuyo centenario conmemoramos este año de 1992, el año de quingentesenario del ‘encuentro’ (o ‘descubrimiento’), Osler -sin proponérselo, sin imaginarlo siquiera- sensibilizó a hombres de pensamiento e influencia, a inclinar su poderío económico a los cambios indispensables para transformar en el curso de la siguiente generación a la medicina de su época en una rama de los conocimientos, con auténticos fundamentos científicos. Una verdadera revolución que no ha cesado desde aquel entonces, pues la humanidad entera se apercibió, gracias a los sucesivos descubrimientos y avances obtenidos, del valor verdadero de una inversión sostenida en ese sector, y la sociedad contemporánea no ha cesado de darle todo el apoyo material y espiritual que ha necesitado para su continuo crecimiento y desarrollo.

Entraríamos en el terreno de la especulación si nos preguntásemos si Osler no hubiese escrito su libro y si el Reverendo Gates no lo hubiese leído, ¿cuál habría sido el curso de los eventos? Probablemente a la larga, alguien habría llegado a las mismas conclusiones, pero tal vez años más tarde y con diferentes características a lo ocurrido. Nadie podrá discutir que este libro, por la influencia que tuvo, logró un efecto catalítico y acelerador de los cambios necesarios para convertir a la medicina en una de las más robustas ramas del conocimiento humano, con bases científicas genuinas y bien fundamentadas. El hecho de que Osler, de origen canadiense, estuviese en los Estados Unidos en un momento de bonanza económica y transformación sin precedentes en un país joven, con vocación de liderazgo, donde había una gran institución filantrópica sensible y capaz de hacerle frente al reto planteado, de darle el apoyo material necesario a la profesión médica a través de varias instituciones calificadas, iba a hacer posible un cambio definitivo en ‘los principios y la práctica de la medicina’ (palabras con que definió Osler su tratado), cuyas consecuencias no han dejado de tener sus efectos benéficos sobre la medicina, y lo que es mucho más importante, sobre los pacientes y aun sobre toda la población (a través de la prevención de las enfermedades) en los siguientes cien años a su impresión como libro de texto.

BIBLIOGRAFIA

1. Osler W. The principles and practice of medicine. Designed for the use of practitioners and students of medicine. Fifth edition New York, Appleton and Company. 1905.
2. Cushing H. The life of Sir William Osler. 2 Volúmenes. Oxford, Clarendon Press, 1925.
3. Oslerian Anniversary (Printed for the Osler Club of London). Oxford, University Press, 1976.
4. Golden R. Osler and oriental medicine. A discursive review. Princeton, New Jersey, Science Press Associates, Inc. 1982.
5. Golden R. Osler's legacy. The centennial of the principles and practice of medicine. Ann Intern Med 1992;116:255-260.
6. Sakula A. The portraiture of Sir William Osler. The Royal Society of Medicine. London, 1991.

Caracas, 29 de Julio de 1992

Dr. Oscar Agüero

Director

GACETA MEDICA DE CARACAS

Presente.

Distinguido Profesor:

He leído en el N° 100 de esa prestigiosa Revista, tres artículos titulados:

Dilatación idiopática del tronco de la arteria pulmonar.

Informe de 20 casos y revisión de la literatura.

Persistencias del Conducto Arterioso. Aspectos clínicos y terapéuticos. Informe de 150 casos

Reapertura del ductus arterioso

En dos de los cuales aparece mi nombre como co-autor, y un tercero donde figura el nombre del Servicio de Cardiología que dirijo, ninguno de ellos autorizados por el suscrito para su publicación.

Es lamentable que se pueda sorprender la buena fé de personas de reconocida honestidad, y de Revistas de esa trayectoria, para hechos de esta naturaleza. Pero en honor a la verdad me siento obligado a hacer esta aclaratoria, la cual espero que tenga en Ud. la acogida que en mi concepto merece.

Reciba Ud. un cordial saludo,

Dr. Fabio Zerpa

Jefe del Servicio

de Cardiología.

Comentarios de la Dirección de la Gaceta Médica de Caracas

Agradecemos al Dr. Fabio Zerpa el envío de esta importante aclaratoria, que debe servir de alerta a los editores de Revistas biomédicas venezolanas para tomar las medidas necesarias, a fin de evitar que hechos como el denunciado se repitan en el futuro. Una de ellas es exigir a los autores una carta, firmada por todos los que aparecen como tales, en la cual se asiente que aprobaron el texto enviado.

En los "Requisitos uniformes para preparar los manuscritos enviados a revistas biomédicas" (1) ello no está contemplado, pero en algunas revistas, posiblemente por experiencias similares a la reportada por el Dr. Zerpa, se está pidiendo este requisito. Por ejemplo, en el New England Journal of Medicine (2) se lee: "Una carta adjunta firmada por todos los autores debe identificar a la persona (con dirección y número de teléfono) responsable de las negociaciones relativas al manuscrito; la carta debe evidenciar que el manuscrito final ha sido visto y aprobado por todos los autores y que ellos han dado los pasos necesarios para asegurar la integridad del trabajo"; el Journal of the American Medical Association (3) es más explícito y exhibe un modelo de carta, firmada por todos los autores, redactada como sigue: "Certifico que he participado suficientemente en la concepción y diseño de este trabajo y en el análisis de los datos (cuando aplicable), así como en la escritura del manuscrito, como para tener responsabilidad pública por él...He revisado la versión final del manuscrito y he aprobado su publicación".

Continúa en la página 196